

tensión de llevar a escena la realidad misma, el hombre y la sociedad actuales. Hace referencia a ello en los siguientes términos:

«En ellas [las obras dramáticas de Galdós y Clarín] encontramos individualidades estudiadas científicamente, el medio que ha producido el personaje, las circunstancias que lo han determinado en sus acciones, los detalles que revelan el carácter y el temperamento, la propiedad de la escenografía, el diálogo natural y lógico producido por un estilo no *escrito*, sino *vivido* y, por sobre todo, el anhelo, bien demostrado [...] de inventar asuntos unidos en íntimo y fuerte lazo con la actualidad, para investigar las aspiraciones de la humanidad viviente, deducir las consecuencias de ciertos estados psicológicos, y analizar denodadamente el pensamiento colosal de la sociedad entera. Es inútil manifestar que para plantear esta vastísima fórmula, se precisaba ante todo apoyar la obra artística en la sólida base de la verdad».

Aun con todo, y apoyándose en las reflexiones que Yxart hiciera en *El arte escénico en España*, nuestro crítico considera que Clarín va más allá de la mera representación realista: «Confieso [comenta Yxart] que me seduce -dentro de estos límites en los cuales la realidad pierde sus derechos- ese arte de realzarla y completarla arrancándole una idea superior a ella misma».

Posteriormente, Torrendell alude al «conflicto de voluntades» que advierte en el «ensayo dramático» de Clarín, auténtica piedra de toque para la correcta comprensión de la obra: «Empieza la lucha entre el deseo de éste [Fernando] [...] y la decidida resolución de aquélla de cumplir con su deber que le exige obediencia y fidelidad continuas a su marido. Vence Teresa y se queda junto a su cruz, al pie de su cruz... que sangra!».

Situándonos ya en plena recepción crítica, tras el reciente estreno de *Teresa* en la ciudad condal, debemos destacar la interesante valoración que J. M. Jordá realiza desde las páginas de *La Publicidad* en su edición del 20 de junio de 1895.

El perspicaz crítico teatral lleva a cabo en su artículo «*Teresa*, impresiones del estreno» una ajustada descripción del público heterogéneo que asistió al estreno –integrado por «un grupo numeroso de gentes de letras», por el «público-pueblo» y por «una gran masa de *gente de palco*, de público *chic*»– y de su peculiar comprensión de la obra clariniana. En este sentido, si los intelectuales vieron en ella un «drama humano con sus profundas enseñanzas», el gran público interpretó *Teresa* como un «drama socialista» o «de obreros» y la «gente de palco» la definió peyorativamente como un drama «naturalista», «poco *bonito*, poco *fino*».

Estas dos últimas calificaciones van a ser objeto de reflexión por parte de nuestro crítico quien pasará a rebatirlas con rigor y lucidez en cuanto que no responden a «su fondo y su alcance verdaderos». Por una parte, comenta Jordá, «el fondo del drama de ningún modo aboga por el socialismo» y sólo podría considerarse así –forzando la interpretación– «por las consecuencias que se desprenden de la presentación plástica de aquel cuadro vivo». Por otra parte, y en su afán por describir y justificar la «tendencia» de la obra dramática de Clarín, Jordá acepta con reservas la calificación de «drama naturalista» que parte del público –en una visión alicorta y tergiversada del término– quiso atribuirle. A su juicio, el escritor ovetense asume y trasciende en su obra los presupuestos naturalistas establecidos por Zola en numerosos artículos doctrinales. Nuestro crítico realiza al respecto inteligentes y agudas puntualizaciones, advirtiendo en la obra «algo mucho más hondo, mucho más elevado, mucho más esencialmente moral y artístico que la sola representación de un cuadro lleno de vida y de realidad». Asimismo, considera que «hasta en la misma forma prescinde su autor en algunos momentos [haciendo referencia a los parlamentos de Teresa] del realismo y busca la emoción estética con frases llenas de poesía». Juicios que revelan su agudo sentido crítico y el profundo conocimiento de las nuevas tendencias de la dramaturgia europea.

En lo que atañe a su reflexión en torno a la creación de la figura de Teresa, interpreta que ésta «con ser muy justa, muy verdadera, muy humana, es además de un personaje real, un tipo, la representación de una idea hermosamente moral y cristiana» que el crítico identifica con «la resignación cristiana, la conciencia del deber y del dolor».

Pocos días después<sup>8</sup>, vertía en las columnas de este mismo rotativo sus personales apreciaciones el crítico leridano, Josep Soler y Miquel. El artículo «*Teresa*, otra impresión» es todo él un ejercicio de crítica impresionista y subjetiva. Tras lamentar las *encontradas* opiniones e inexactitudes que se han venido realizando «del asunto y *tendencia* de la obra», hace explícita su voluntad de clarificar dichas cuestiones ofreciendo su particular visión e interpretación del drama.

Situándose entre aquellos que «fueron en busca tan sólo de emoción estética (eso sí, honda y seria)» –términos con los que define su posición estética y crítica ante la obra–, subraya la indiscutible importancia que el medio (o «atmósfera») y el diálogo adquieren en el drama en tanto que «exponen igualmente uno que otro». Asimismo, y a ello dedica gran parte de su artículo, describe –tratando de reproducir las *impresiones* suscitadas por la

<sup>8</sup> El artículo se publica en *La Publicidad* en su edición del 23 de junio de 1895.

puesta en escena de *Teresa* y evitando hacer uso de formulaciones magistrales, no lo olvidemos— los «procesos anímicos, íntimos y reales» que se desarrollan en las singulares almas de Fernando y Teresa; procesos que constituyen, a su parecer, el eje vertebrador del drama clariniano. Paralelamente, reconstruye algunos de los diversos momentos en los que «cuajan y concretan y rompen» los sentimientos de los personajes; todo ello con la finalidad de recrear «el puro ambiente moral, que exhala toda la obra». Finalmente, y recalando con extraordinaria sensibilidad en la figura de Teresa, Soler y Miquel advierte cómo ésta se nos muestra en la obra «con toda la entereza, con toda la simple energía en el bien, en la virtud [...] [que] se reposa ya en el a su manera plácido, aunque triste, bienestar en el dolor, *que es ordinario incentivo para la virtud*».

Precisas y certeras son las consideraciones que José Roca y Roca realiza de la obra clariniana en *La Esquella de la Torratxa* desde su condición de director y redactor principal de la citada publicación. «P. del O.» —iniciales tras las que se oculta la identidad de nuestro crítico— elabora su «Crónica» del 21 de junio de 1895 refiriéndose a los acontecimientos acaecidos en Madrid y en Barcelona en torno a la representación de *Teresa* en el habitual tono festivo y humorístico que caracteriza al semanario.

Valiéndose de un símil jurídico, hace explícita la tan opuesta acogida que la obra mereció en las dos capitales: mientras que en Madrid «l'havían condemnada á una pena tan grave, sense voler sentir-la»<sup>9</sup>, el público barcelonés —del que formaba parte «la flor y nata dels nostres literats y artistas, lo mes selecte dels aficionats»— «revocava'l fallo del públich de Madrit». En estos términos aludía a la totalmente contraria resolución de ambos *tribunales literarios* concluyendo que «lo Tribunal Suprem resideix a Barcelona». Y todo ello, a juicio de nuestro crítico, porque «los *chicos* [de la prensa madrileña] no cultivan la crítica meditada sinó l'impressió lleugera, y [...] en lloch de dirigir l'opinió indocta se deixan arrastrar per ella».

Con gran agudeza, no dudará —tal como hicieran la mayoría de críticos contemporáneos en señalar la singularidad de la creación de Teresa, la «radiant figura de mártir [que se destaca] sobre un quadro de miseria y brutalitat»; mujer que, «sense vacilar un instant acepta impávida la séva creu d'esposa y mare, y la besa amb heroica resignació».

Por otra parte, la obra del crítico asturiano, lejos de tratarse de un mero ensayo dramático, como el propio Leopoldo Alas parecía proponer y algunos críticos de la «vieja escuela» en ello se apoyaron para descalificarla, debe ser considerada —así lo afirma y justifica con rotundidad y clarividencia

<sup>9</sup> Como se observa hemos optado por reproducir los juicios de José Roca y Roca tal y como fueron expresados, en catalán no normativo.

José Roca y Roca en su artículo— como un drama claramente innovador y moderno. Cree que, aunque obra de un novel dramaturgo, la plena conciencia y la maestría con que su autor se vale de los nuevos procedimientos dramáticos hace que «l'ensaig del aprenent adquireix[i] tot lo valor de obra de mestre». En este sentido, y para justificar su apreciación crítica, describe y se manifiesta claramente favorable en relación a la concepción teatral defendida y puesta en práctica por Clarín en *Teresa*. De hecho, con ello, el crítico de *La Esquella* realiza su propia profesión de fe artística que no es otra que la defensa de la fórmula realista-naturalista aplicada al ámbito teatral. De ahí que se muestre convencido de que «tot lo que viu y alenta es materia utilizable per l'escriptor y per l'artista» y que abogue por «la sinceritat», principios éstos que se erigen en dogmas esenciales de la nueva doctrina estética.

Asimismo, frente a los que buscan en el drama «l'estructura habilidosa, los cops d'efecte inesperats» —claves en la configuración del teatro neorromántico presente todavía en las tablas españolas—, nuestro crítico se sitúa entre los que «posém en primer lloch l'idea, l'pensament de l'obra, y la vida del séus personatjes; pels que'ns sentim mes enamorats de una frase justa sintética iluminant de sopte la part mes fonda de un carácter, que no de un fútil rasgo d'ingeni ó d'una situació artificiosa». Características todas ellas que halla encarnadas en la creación clariniana por lo que la obra merece su entusiasta aprobación.

A ello debe sumarse el juicio crítico que el 23 de junio de 1895 hace público desde su habitual atalaya en la sección de *La Vanguardia* «La semana en Barcelona»; sección desde la que J. Roca y Roca va a ejercer un singular papel como atento observador y animador de la vida literaria y cultural de la ciudad. Al referirse al reciente estreno de *Teresa* nuestro crítico alude inicialmente al «aplauzo sincero, entusiasta, hijo de la emoción» con que la obra fue acogida en la ciudad condal. El drama, comprendido y elogiado por parte del público, se inscribía de lleno en las nuevas tendencias dramáticas y podía ser interpretado como un eslabón en la necesaria transformación de la que el teatro español estaba necesitado.

Leopoldo Alas, comenta Roca y Roca, evitando el «desarrollo propio de la vieja escuela: con sus redundancias, con sus efectos, con sus secretos y artificios», ha optado por una forma sintética, «ha preferido ceñirse a un cuadro sobrio, sobre cuyo fondo lleno de negruras, destácase radiante y vigorosa la figura de la protagonista mujer de carne y hueso y a la vez personificación penetrante de la idea cristiana del autor». Aspectos éstos —la altura estética y la profundidad ética de la obra clariniana— que el crítico catalán pondrá de nuevo de relieve con sagacidad y clarividente juicio crí-

tico en las líneas finales de su inteligente artículo: [*Teresa*] «bajo su aspecto literario es el fruto sazonado de un talento poderoso y de una conciencia honrada y sincera» [...] «considerado éticamente es la glorificación de la virtud heroica y abnegada». «El talento de su autor es innegable», concluye Roca y Roca quien, como hemos descrito, tuvo una activa y lúcida participación en el debate crítico suscitado por el «ensayo dramático» del escritor asturiano.

Finalmente, debemos hacer referencia a la breve mención que Fernando Las Heras realiza del drama clariniano en su denso artículo «Don Leopoldo Alas» publicado significativamente en *La Vanguardia* el 12 de junio de 1895, pocos días antes del estreno de la obra en Barcelona. El artículo, que ofrece en apretada síntesis una ajustada valoración de la personalidad de su autor y del conjunto de su producción crítica y de creación, contribuyó, sin duda, a intensificar el clima de expectación creado en torno a *Teresa*.

Breves pero de gran calado intelectual son las apreciaciones que lleva a cabo del drama de Clarín. Por una parte, considera que la obra puede ser interpretada como «un himno que a través de un drama social canta la resignación admirable con que Teresa se abraza a su cruz, cruz que sangra... siempre, pero siempre amada», situándose con ello en la misma línea interpretativa e incluso anticipando alguna de las conclusiones a las que ha llegado nuestra crítica actual. En este sentido, debe recordarse la lúcida valoración del maestro Gonzalo Sobejano que reconoce en *Teresa* un «drama social [que] se profundiza [...] en drama ético»<sup>10</sup>.

Por otra parte, Las Heras recalca en la base de sentimiento que sustenta la obra –admitida por el propio Clarín quien cree que *Teresa* «lleva dentro de sí una vibración de realidad *sentida* y creo que *expresada*» («Palique», *Madrid Cómico*, 13-IV- 1895)– al tiempo que pone de manifiesto las claves que definen –a la altura de 1895– el pensamiento filosófico y estético de su autor<sup>11</sup>:

«En *Teresa* se oye vibrar el acento personal del Clarín que siente y piensa, con toda la emoción íntima y dolorosa del hombre a quien preocupan grandemente los problemas de la vida y los problemas de ultratumba. Esas páginas revelan que bajo el positivista se oculta el romántico y que bajo el hombre amamantado por filósofos diversos, se oculta el idealista profundamente religioso».

<sup>10</sup> Gonzalo Sobejano, Clarín en su obra ejemplar, *Madrid, Castalia, 1985, p. 34.*

<sup>11</sup> Aspecto ampliamente desarrollado por Yvan Lissorgues en su magistral estudio (cito por la reciente edición castellana de la obra), El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, Clarín, *Oviedo, GEA, 1996.*

Estos juicios que conforman el debate en torno a *Teresa* deberían situarse en paralelo al análisis y atención que la crítica catalana –entre la nómina de críticos debemos mencionar de nuevo a Soler y Miquel, Perés y Las Heras– prodiga a la obra narrativa breve y crítica del último Clarín. Cuestión que, sin embargo, excede los límites del presente artículo.

La perspicacia con que la intelectualidad catalana valoró la obra de creación y crítica de Leopoldo Alas no pasó desapercibida a su aguda pupila crítica quien, en repetidas ocasiones y desde diversas tribunas públicas, había ya llamado la atención sobre la presencia en Cataluña de un nutrido grupo de escritores con una sólida formación estética que practicaban una crítica «muy a la moderna».